



LuventicuS
Academia de Ciencias

HERMENÉUTICA FREUDIANA DE LA CULTURA

JAVIER MARCELO CABIANCA

PROFESOR DE FILOSOFÍA

Profesorado "San Juan Bosco"

Instituto Superior Particular Incorporado N° 9232

Rosario, Argentina

Dirección: Agustín Álvarez 538, (2000) Rosario, Argentina

Teléfono: +54-341-4542337

Correo electrónico: javicabianca@hotmail.com

Página personal: www.luventicus.org/gente/jmcabianca.html

RESUMEN

En este trabajo se hace una revisión de los escritos de Freud acerca de la cultura (civilización): *El malestar en la cultura*; *El porvenir de una ilusión*; *Tótem y tabú*; y *Moisés y la religión monoteísta*. Según el *modelo económico*, que rige la interpretación freudiana de la civilización, la cultura reposa sobre renunciaciones instintuales que de alguna manera hay que compensar. De este balance de la economía libidinal depende la felicidad del hombre. Hay una manifiesta oposición entre civilización e individuo, pues aquélla se sirve de la energía psíquica sexual de éste, absorbiéndola para provocar la cohesión de la masa y fortalecer sus vínculos.

Palabras clave: Sigmund Freud; cultura; civilización; súper-yo; pulsión de muerte; sentimiento de culpa; malestar en la cultura; modelo económico; modelo genético; religión; totemismo

Recibido el día 8 de noviembre de 2002

Acad. Luv. Reps. 2003, **1**, 1 -40

ISSN 1667 -5088

Aceptado el día 20 de febrero de 2003

ftp.luventicus.org/trabajos/03ALR001.pdf

© 2003 Academia de Ciencias Luventicus

1. INTRODUCCIÓN

¿Cuál es la visión freudiana de la cultura? ¿Cuáles son sus fundamentos? ¿Cuál ha sido su aporte más importante? ¿Cuáles son los condicionamientos de la felicidad del hombre desde la perspectiva freudiana? ¿Por qué forma el hombre una familia y a una comunidad? ¿Cómo se da el proceso de evolución cultural? ¿Cuál es el papel de Eros y Thánatos en este proceso y qué consecuencias tiene? ¿Cómo controlar la tendencia innata del hombre a la agresividad? ¿Qué origen y función tienen las representaciones religiosas dentro de la economía libidinal? ¿Cómo se relacionan los distintos modelos de interpretación de la cultura? ¿Por qué Freud recurre a la interpretación genética? ¿Qué relación hay entre la psicología individual y la colectiva?

Para responder a estas preguntas tenemos que acercarnos a algunos escritos de Freud contienen una verdadera hermenéutica de la cultura (*Totem y tabú*; *El Porvenir de una ilusión*; *El malestar en la cultura*; *Moisés y la religión monoteísta*). Dentro de su esquema, la interpretación de la cultura no es algo accesoria, que deba considerarse como una simple extensión de la psicología individual a la psicología social, a la moral, al arte y a la religión, pues si bien Freud escribe los textos más importantes sobre la cultura hacia el final de su vida, como comenta Ricoeur (1984): “*Sus grandes aportes en el campo de la estética, la sociología, la ética, y la religión, son contemporáneos de trabajos tan importantes como Más allá del principio de placer, el yo y el ello, y de los grandes textos de metapsicología.*”

El psicoanálisis se pone al nivel de una hermenéutica de la cultura: “*Es a título de una hermenéutica de la cultura que el psicoanálisis se inscribe en el movimiento de la cultura contemporánea; dicho de otro modo, el psicoanálisis es un movimiento de la cultura, porque la interpretación que da del hombre se funda a título principal y de modo directo sobre la cultura en su conjunto; con el psicoanálisis, la interpretación se convierte en un momento de la cultura; es interpretando al mundo que el psicoanálisis lo cambia.*” (Ricoeur 1984)

Ahora bien, la interpretación psicoanalítica de la cultura es global y limitada a la vez. Es global en cuanto a su objeto, pues se aplica a todo los aspectos de la vida humana. Pero es limitada en cuanto a su enfoque, ya que no va más allá de sus modelos: *genético* (explicación por los orígenes que pone en juego el rol de la

infancia y la herencia filogenética) y *tópico-económico* (tiene en cuenta el balance de las pulsiones y su equilibrio).

Según esta categorización podemos ubicar a *Tótem y tabú* y *Moisés y la religión monoteísta* dentro del enfoque genético. Por el contrario, *El Malestar en la Cultura* está en el marco de una interpretación tópico-económica. En *El Porvenir de una ilusión* se encuentran articulados ambos modelos. ¿Cómo acercarnos entonces a estos textos? Como nos indica Ricoeur (1984), “*la clave de una relectura más sistemática que histórica de la obra de Freud es subordinar todas las interpretaciones “genéticas” y parciales a la interpretación ‘tópico-económica’, la única que confiere unidad de perspectiva. [...] el punto de anclaje de la explicación genética en la explicación tópico-económica es la teoría de la ilusión; es allí donde lo arcaico se repite bajo el modo del retorno del rechazo.*” ¿Cuál será entonces el orden a seguir?: “*Es preciso ir del todo a las partes, de la función económica central a las funciones particulares de la ilusión religiosa y de la seducción estética y de la explicación económica a la explicación genética*”. (Ricoeur 1984) A continuación se sigue el orden sugerido por dicho autor, comenzando por el análisis de la obra *El Malestar en la Cultura*, continuando con *El Porvenir de una ilusión*, para arribar finalmente a *Tótem y tabú*.

2. EL ENFOQUE ECONÓMICO: *EL MALESTAR EN LA CULTURA*

Freud plantea el aspecto económico, como dice Ricoeur, a través de tres cuestiones: “*¿Hasta qué punto puede disminuirse la carga de los sacrificios pulsionales impuestos a los hombres? ¿Cómo reconciliarlos con aquellos renunciamentos que son ineluctables? ¿Cómo ofrecer a los individuos compensaciones satisfactorias por estos sacrificios?*” (Ricoeur 1984)

Este modelo no solo mantiene unidos los ensayos sobre el arte, la moral y la religión, sino que también vincula la psicología individual con la colectiva. Esta articulación se da en dos momentos: primero, todo lo que se puede decir sin la intervención de la pulsión de muerte; segundo, lo que sucede cuando entra en juego esta pulsión, desembocando así en lo trágico de la cultura.

PRIMER MOMENTO

EL SENTIMIENTO OCEÁNICO Y LA GÉNESIS DE LAS NECESIDADES RELIGIOSAS

En el primer capítulo Freud comienza analizando el sentimiento oceánico, presentado vulgarmente como la fuente y el origen de la religión. Retoma así, de alguna manera, el tema de la religión ya desarrollado desde otro enfoque en *Tótem y tabú* y en *El porvenir de una ilusión*.

La cuestión planteada es si este sentimiento de comunión e indisoluble pertenencia a la totalidad es verdaderamente el origen o fuente de la religión. Para responder, elabora una explicación de la génesis del sentimiento oceánico, identificando a éste con el sentimiento yoico.

Y para ello describe la evolución del sentimiento yoico. En un primer momento el lactante no diferencia su yo del mundo externo, esta discriminación se va produciendo gracias a distintos estímulos que podemos dividir en dos grupos: las fuentes de excitación o placer y las fuentes de dolor o displacer. *“Surge así la tendencia a disociar del yo cuanto pueda convertirse en fuente de displacer, a expulsarlo de sí, a formar un yo puramente hedónico, un yo placiente, enfrenteado con un no-yo, con un ‘afuera’ ajeno y amenazante.”* (Freud 1995a) La experiencia impone reajustes, no todo lo placentero pertenece al yo, como tampoco toda fuente de dolor es externa a él. El hombre da el primer paso del principio de realidad cuando aprende a discernir lo exterior de lo interior.

“Originalmente el yo lo incluye todo; luego, desprende de sí un mundo exterior. Nuestro actual sentido yoico no es, por consiguiente, más que el residuo atrofiado de un sentimiento más amplio, aun de envergadura universal, que correspondía a una comunión más íntima entre el yo y el mundo circundante.” (Freud 1995a) Con esto Freud llega al problema de la conservación de lo psíquico: todo se conserva y puede volver a aparecer. El sentimiento oceánico, que existe en muchas personas, es una fase temprana del sentimiento yoico, pero no interviene en la génesis de la religión. *“En cuanto a las necesidades religiosas, considero irrefutable su derivación del desamparo infantil y de la nostalgia por el padre que aquél suscita.”* (Freud 1995a)

EL SENTIMIENTO OCEÁNICO Y LA GÉNESIS DE LAS NECESIDADES RELIGIOSAS

Freud comienza preguntándose por el valor de la religión para la vida, en relación con el arte y la ciencia. A modo de una primera respuesta, utiliza un aforismo:

«Quien posee ciencia y arte
también tiene religión;
quien no posee una ni otra,
¡tenga religión!» (Freud 1995a)

Con esto queda manifiesta la relación entre la religión y las dos máximas creaciones de los hombres: pueden representarse y sustituirse mutuamente en cuanto a su valor económico. *“Tal como nos ha sido impuesta, la vida nos resulta demasiado pesada, nos depara excesivos sufrimientos, decepciones, empresas imposibles. Para soportarla, no podemos pasarnos sin lenitivos.”* (Freud 1995a) Estos pueden ser de tres tipos: *distracciones poderosas, satisfacciones sustitutivas y narcóticos*. Pero en esta categorización no le resulta fácil ubicar a la religión, por lo que decide abordar la temática desde otro ángulo, desde el sentido de la vida.

Para Freud, la idea de adjudicar un sentido a la vida solo se da en función de un sistema religioso. Pero podemos preguntarnos: *“¿Qué fines y propósitos de vida expresan los hombres en su propia conducta? ¿Qué esperan de la vida? ¿Qué pretenden alcanzar en ella?”* (Freud 1995a) Ante todo, aspiran a la felicidad, y ésta implica un doble fin: uno positivo (experimentar sensaciones placenteras, que es el verdadero sentido) y otro negativo (evitar el dolor y el displacer).

La actividad que realiza el hombre está determinada por el fin que persigue. Quién fija el objetivo es el principio de placer. Pero nos encontramos con que todo el orden del universo se opone a la felicidad, que se reduce a mero "fenómeno episódico" sólo se alcanza en algunos instantes. *“Así, nuestras facultades de felicidad ya están limitadas en principio por nuestra propia constitución. En cambio, nos es mucho menos difícil experimentar la desgracia.”* (Freud 1995a) El sufrimiento nos llega desde tres ámbitos: el cuerpo (la caducidad del hombre, la muerte, la angustia y el dolor corporal), el mundo externo (nuestra indefensión ante las fuerzas implacables de la naturaleza y el destino) y las relaciones humanas (la fuente más grande de sufrimiento).

Ante esta realidad, el hombre se ve obligado a rebajar sus pretensiones de felicidad e invierte los fines, contentándose con evitar el sufrimiento y dejando en un segundo plano la búsqueda del placer. Con este fin, Freud señala distintas técnicas, haciendo notar que la satisfacción ilimitada de todas las necesidades instintivas es tentadora, pero que el hecho de elegir el placer sobre la prudencia a la larga no trae buenas consecuencias.

Para eludir el dolor causado por el mundo externo podemos tomar una actitud de alejamiento o de dominio, y someter la naturaleza a nuestra voluntad. También los fármacos son un recurso de lo más efectivo, ya que influyen directamente sobre el organismo, pero al mismo tiempo son muy peligroso porque nos sacan de la realidad. *“La satisfacción de los instintos, precisamente porque implica tal felicidad, se convierte en causa de intenso sufrimiento cuando el mundo exterior nos priva de ella, negándonos la satisfacción de nuestras necesidades.”* (Freud 1995a) El dominio de los instintos (filosofía oriental) también aminora el sufrimiento, pero a cambio de sacrificar la vida, llevándonos a la quietud y a la muerte. Otro camino es el de la moderación de los instintos por el principio de realidad, lo que limita mucho las posibilidades de placer.

“Otra técnica para evitar el sufrimiento recurre a los desplazamientos de la libido [...] consiste en reorientar los fines instintivos, de manera tal que eludan la frustración del mundo exterior. La sublimación de los instintos contribuye a ello, y su resultado será óptimo si se sabe acrecentar el placer del trabajo psíquico e intelectual. [...] Las satisfacciones de esta clase, como la que el artista experimenta en la creación, en la encarnación de sus fantasías; la del investigador en la solución de sus problemas y en el descubrimiento de la verdad [...] nos parecen más ‘nobles’ y más ‘elevadas’, pero su intensidad, comparada con la satisfacción de los impulsos instintivos groseros y primarios, es muy atenuada y de ningún modo llega a conmovernos físicamente.” (Freud 1995a) El punto débil, es que estas técnicas no están a disposición de muchas personas.

Freud afirma que hay individuos que se independizan del mundo exterior buscando satisfacciones por procesos psíquicos, a través de la imaginación. Otros consideran la realidad como enemiga y rompen su relación con ella (el ermitaño). Otros se empeñan en transformarla, pero la realidad es más fuerte (el revolucionario). Muchos individuos procuran asegurarse la felicidad y evitar el dolor mediante una transformación delirante de la realidad. *“También las religiones de la Humanidad deben ser consideradas como otros tantos delirios*

colectivos. Desde luego, ninguno de los que comparten el delirio puede reconocerlo jamás como tal.” (Freud 1995a)

En esta enumeración de técnicas hay una que es acentuada, la que Freud denomina *El arte de vivir*. Consiste en desplazar la libido, pero sin apartarse del mundo exterior, aferrándose a los objetos y hallando la felicidad en la vinculación afectiva con éstos. Es aquella orientación de la vida que pone en el centro el hecho de amar y ser amado. El amor sexual (una de las formas del amor), es el prototipo de felicidad, la experiencia placentera más poderosa. Pero el punto débil de esta técnica es la posibilidad de perder el objeto amado, lo que produciría sufrimiento.

Por último, podemos buscar la felicidad en el goce de la belleza, en la naturaleza, en las creaciones artísticas o científicas (la belleza y el encanto son atributos del objeto sexual).

El designio de ser felices que nos impone el principio de placer es inalcanzable según Freud. *“La felicidad, considerada en sentido limitado, cuya realización parece posible, es meramente un problema de la economía libidinal de cada individuo.”* (Freud 1995a) No existe una regla válida para todos: cada uno debe buscar su camino para ser feliz, el cual dependerá de su particular constitución psíquica. El de tendencia erótica acentuará los vínculos afectivos. El narcisista buscará la felicidad en sus procesos psíquicos. El hombre de acción se volcará al mundo exterior para medir sus fuerzas. La felicidad *“depende del concurso de numerosos factores, y quizá de ninguno tanto como de la facultad del aparato psíquico para adaptar sus funciones al mundo y para sacar provecho de éste en la realización del placer. La religión viene a perturbar este libre juego de elección y adaptación, al imponer a todos por igual su camino único para alcanzar la felicidad y evitar el sufrimiento. Su técnica consiste en reducir el valor de la vida y en deformar delirantemente la imagen del mundo real, medidas que tienen por condición previa la intimidación de la inteligencia. A este precio, imponiendo por la fuerza al hombre la fijación a un infantilismo psíquico y haciéndolo participar en un delirio colectivo, la religión logra evitar a muchos seres la caída en la neurosis individual. Pero no alcanza nada más. Como ya sabemos, hay muchos caminos que pueden llevar a la felicidad, en la medida en que es accesible al hombre, mas ninguno que permita alcanzarla con seguridad.”* (Freud 1995a)

¿POR QUÉ EL HOMBRE NO PUEDE SER FELIZ? CARACTERÍSTICAS DE LA CULTURA

Tres son las fuentes del sufrimiento: la supremacía de la naturaleza, la caducidad de nuestro cuerpo y la insuficiencia de las normas para regular las relaciones humanas. Ante las dos primeras causas el hombre manifiesta una actitud de lucha. Pero hay una negación en cuanto a la aceptación de la tercera causa, pues las instituciones de la cultura nos deberían dar protección y bienestar.

Hay quienes afirman que la cultura tiene gran culpa de las miserias sufridas por el hombre. ¿Por qué esta actitud latente de hostilidad contra la cultura? Este disconformismo se ve agravado por ciertas circunstancias históricas: el triunfo del cristianismo, con su desprecio por la vida terrenal; los contactos con pueblos primitivos e incivilizados, interpretando erróneamente que ellos viven más felices (el "buen salvaje"); y el incremento de la neurosis, que nos quita posibilidades de felicidad. *"Comprobóse así que el ser humano cae en la neurosis porque no logra soportar el grado de frustración que le impone la sociedad en aras de sus ideales de cultura, deduciéndose de ello que sería posible reconquistar las perspectivas de ser feliz, eliminando o atenuando en grado sumo estas exigencias culturales."* (Freud1995a) A esto se le suma una cierta decepción: pese a los innumerables avances científicos, y al aumento del dominio sobre la naturaleza, el hombre no ha aumentado su nivel de felicidad.

Pero, ¿cuál es la esencia de la cultura cuyo valor está en duda? *"El término 'cultura' designa la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí."* (Freud 1995a)

¿Cuáles son los rasgos característicos de la cultura? Por un lado, los ideales de omnipotencia que el hombre fue forjando y que encarnó en sus dioses. Por otro lado, el orden, la belleza y la limpieza, como exigencias esenciales. *"El orden es una especie de impulso de repetición que establece de una vez para todas cuándo, dónde y cómo debe efectuarse determinado acto, de modo que en toda situación análoga nos ahorremos dudas e indecisiones. El orden, cuyo beneficio es innegable, permite al hombre el máximo aprovechamiento del espacio y el tiempo, economizando simultáneamente sus energías psíquicas."* (Freud 1995a)

“No podemos caracterizar mejor a la cultura que como la valoración y culto de las actividades psíquicas superiores, de las producciones intelectuales, científicas y artísticas, o como quien concede la directriz de la vida humana a las ideas.” (Freud 1995a) Pero dentro de la cultura hay un orden de importancia. Según Freud, el lugar preeminente es ocupado por los sistemas religiosos, en segundo lugar se encuentran las especulaciones filosóficas y, por último, las construcciones ideales del hombre, es decir, su idea de perfección del individuo, de la nación y de la humanidad.

Un último rasgo característico de la cultura es la forma en que son reguladas las relaciones sociales. Hay que aclarar que la libertad individual no es un bien de la cultura, puesto que siempre ha estado en conflicto con ella.

De los rasgos característicos de la cultura, Freud pasa a la reflexión sobre el proceso de la evolución cultural, al cual no identifica con el camino hacia la perfección. Al respecto dice: *“Podemos caracterizarlo por los cambios que impone a las conocidas disposiciones instintuales del hombre, cuya satisfacción es, al fin de cuentas, la finalidad económica de nuestra vida. Algunos de estos instintos son consumidos de tal suerte que en su lugar aparece algo que en el individuo aislado calificamos de ‘rasgo del carácter’.”* (Freud 1995a) En este punto realiza una analogía entre la evolución de la cultura y la evolución libidinal del individuo. Los rasgos de ahorro, sentido del orden y limpieza que se constatan en la cultura son propios del carácter anal que se da durante el crecimiento del niño.

La sublimación de los instintos tiene un gran valor económico para la cultura, pues permite desarrollar las actividades psíquicas superiores. La sublimación de los fines instintivos obliga a desplazar la satisfacción hacia otros objetos.

Por otro lado, *“...es forzoso reconocer la medida en que la cultura reposa sobre la renuncia a las satisfacciones instintuales: hasta qué punto su condición previa radica precisamente en la insatisfacción (¿por supresión, represión o algún otro proceso?) de instintos poderosos”* (Freud 1995a). En esta frustración de la satisfacción reside la causa de la hostilidad contra la cultura. *“No es fácil comprender cómo se puede sustraer un instinto a su satisfacción; propósito que, por otra parte, no está nada libre de peligros, pues si no se compensa económicamente tal defraudación habrá que atenerse a graves trastornos.”* (Freud 1995a)

Freud deja abierta; en este tercer capítulo, una cuestión a resolver: *“Si pretendemos establecer el valor que merece nuestro concepto del desarrollo cultural como un proceso particular comparable a la maduración normal del individuo, tendremos que abordar sin duda otro problema, preguntándonos a qué factores debe su origen la evolución de la cultura, cómo surgió y qué determinó su derrotero ulterior.”* (Freud 1995a)

DESARROLLO DEL PROCESO DE EVOLUCIÓN CULTURAL

Freud manifiesta que el hombre primitivo descubrió la diferencia entre que otro trabajara con él o contra él. Sus semejantes eran colaboradores de utilidad, por lo cual se justificaba el vivir en comunidad. Adoptó el hábito de constituir una familia por una necesidad de satisfacción genital. El macho conservaba a la hembra por su valor como objeto sexual. La hembra permanecía junto al macho para no separarse de sus hijos. Los hijos, al triunfar sobre el padre, advirtieron que el asociarse los hacía más poderosos. *“La vida de los hombres en común adquirió, pues, doble fundamento: por un lado, la obligación del trabajo impuesta por las necesidades exteriores; por el otro, el poderío del amor, que impedía al hombre prescindir de su objeto sexual, la mujer, y a ésta, de esa parte separada de su seno que es el hijo. De tal manera, Eros y Ananké (amor y necesidad) se convirtieron en los padres de la cultura humana, cuyo primer resultado fue el de facilitar la vida en común a mayor número de seres”* (Freud 1995a).

¿Cómo continúa evolucionando? La experiencia del amor sexual, prototipo de felicidad, induce a seguir buscando en este terreno. El erotismo genital pasa a ocupar el centro de la existencia del hombre. Aunque esta actitud no está exenta de peligro -por la dependencia del objeto amado-, muchos optaron por este camino.

Más allá de esto, una minoría de hombres logra hallar la felicidad por la vía del amor. *“Estas personas se independizan del consentimiento del objeto, desplazando a la propia acción de amar el acento que primitivamente reposaba en la experiencia de ser amado, de tal manera que se protegen contra la pérdida del objeto, dirigiendo su amor en igual medida a todos los seres en vez de volcarlo sobre objetos determinados; por fin, evitan las peripecias y defraudaciones del amor genital, desviándolo de su fin sexual, es decir, transformando el instinto en un impulso coartado en su fin.”* (Freud 1995a) A modo de ejemplo lo cita a San Francisco de Asís.

El impulso amoroso, que puede tomar dos formas distintas, tiene la función de unir a los hombres entre sí: *“Aquel impulso amoroso que instituyó la familia sigue ejerciendo su influencia en la cultura, tanto en su forma primitiva, sin renuncia a la satisfacción sexual directa, como bajo su transformación en un cariño coartado en su fin. En ambas variantes perpetúa su función de unir entre sí a un número creciente de seres con intensidad mayor que la lograda por el interés de la comunidad de trabajo.”* (Freud 1995a) El amor, en su forma sensual, da lugar a la formación de nuevas familias sobre la base de las necesidades genitales. El amor de fin inhibido tiene su origen en el amor sexual y se manifiesta como un sentimiento positivo entre padres, hijos y hermanos, dando lugar a la formación de amistades, por lo cual tiene un gran valor cultural. Ambas tendencias nos impulsan a crear nuevos vínculos.

Freud manifiesta que hay oposición entre el amor y la cultura: *“La relación entre el amor y la cultura deja de ser unívoca en el curso de la evolución: por un lado, el primero se opone a los intereses de la segunda, que a su vez lo amenaza con sensibles restricciones.”* (Freud 1995a) Esta oposición se manifiesta en el conflicto que se advierte entre la familia y la comunidad social, pues uno de los principales fines de la cultura es unir libidinalmente a un número cada vez mayor de personas, en contraposición a la familia, que no está dispuesta a renunciar al individuo. Por otra parte, *“el modo de vida en común, filogenéticamente más antiguo y el único que existe en la infancia, se resiste a ser sustituido por el cultural, de origen más reciente”* (Freud 1995a).

También las mujeres, que dieron el fundamento de la cultura con las exigencias de su amor, ahora son fuente de conflictos por su actitud conservadora. Ellas representan los intereses de la familia y de la vida sexual, mientras que la obra de la cultura es una tarea masculina. La mujer adopta una cierta hostilidad, al verse relegada a un segundo plano en esta actividad.

Para Freud la cultura tiene dos tendencias que se hacen muy visibles: restringir la vida sexual y ampliar el círculo de acción. ¿Por qué? *“Ya sabemos que la cultura obedece al imperio de la necesidad psíquica económica, pues se ve obligada a sustraer a la sexualidad gran parte de la energía psíquica que necesita para su propio consumo. Al hacerlo adopta frente a la sexualidad una conducta idéntica a la de un pueblo o una clase social que ha logrado someter a otra a su explotación.”* (Freud 1995a) La vida sexual sufre un grave perjuicio, está restringida por la cultura en cuanto a la elección de objeto, la prohibición de

perversiones, la monogamia, etc. Sólo los débiles se sometieron a tal restricción. En la práctica, estas imposiciones son imposibles de cumplir para Freud.

Hasta aquí, la economía de la cultura parece coincidir con una "erótica general" (expresión empleada por Ricoeur). El proceso de la cultura se da bajo la influencia de Eros y Ananké, así se realiza una comunidad cimentada en relaciones libidinales recíprocas. *"Es entonces la misma erótica lo que constituye el nexo interno de los grupos y que lleva al individuo a buscar el placer y a huir del sufrimiento, el triple sufrimiento que le inflinge el mundo, su cuerpo y los otros hombres."* (Ricoeur 1984) El desarrollo de la cultura, como el crecimiento del individuo, es fruto de Eros y Ananké, y más debe al amor que al trabajo. *"Parece, entonces, que es el mismo Eros quien anima la búsqueda de la felicidad individual y quiere unir a los hombres en grupos siempre más grandes."* (Ricoeur 1984) Sin embargo, el malestar en la cultura se sigue percibiendo. *"Sin duda sobre la sola base de esta erótica general se puede dar cuenta de ciertas tensiones entre el individuo y la sociedad, pero no del grave conflicto que constituye lo trágico de la cultura"* (Ricoeur 1984). Se entiende que el vínculo familiar se oponga a la ampliación; se comprende la resistencia femenina a lo cultural; se justifican ciertos conflictos, en cuanto a que la cultura impone sacrificios al disfrute de la vida sexual, pues el nexo libidinal de la sociedad se alimenta de la fuerza sustraída a la sexualidad. Pero todo esto no representa un verdadero antagonismo y las siguientes preguntas quedan sin responder: *"¿Por qué el hombre fracasa en ser feliz? ¿Por qué el hombre, en tanto ser de cultura, se halla insatisfecho?"* (Ricoeur 1984a)

SEGUNDO MOMENTO

LA ANTÍTESIS ENTRE SEXUALIDAD Y CULTURA, EL PRECEPTO DEL AMOR AL PRÓJIMO Y LA PULSIÓN DE MUERTE

Según Freud, hay un trastorno evolutivo general: la inercia de la libido se resiste a abandonar una posición antigua por una más reciente. *“La realidad nos muestra que la cultura no se conforma con los vínculos de unión que hasta ahora le hemos concedido, sino que también pretende ligar mutuamente a los miembros de la comunidad con lazos libidinales, sirviéndose para tal fin de cualquier recurso, favoreciendo cualquier camino que pueda llegar a establecer potentes identificaciones entre aquéllos, poniendo en juego la máxima cantidad posible de libido con fin inhibido para reforzar los vínculos de comunidad mediante los lazos amistosos. La realización de estos propósitos exige ineludiblemente una restricción de la vida sexual; pero aún no comprendemos la necesidad que impulsó a la cultura a adoptar este camino y que fundamenta su oposición a la sexualidad. Ha de tratarse, sin duda, de un factor perturbador que todavía no hemos descubierto.”* (Freud 1995a)

¿Cuál es ese factor perturbador? Freud cree hallar una pista en el precepto: «Amarás al prójimo como a ti mismo.» *“¿Por qué tendríamos que hacerlo? ¿De qué podría servirnos? Pero, ante todo, ¿cómo llegar a cumplirlo? ¿De qué manera podríamos adoptar semejante actitud?”* (Freud 1995a) Pero hay otro mandamiento más inconcebible todavía, que exige amar a los enemigos. Para Freud, estos ideales, lejos de hacer crecer el amor, lo van socavando: premian con el amor a los malos y conducen a la perdición al imprudente que los aplica. ¿Qué es lo que se esconde detrás de un mandamiento tan absurdo? *“La verdad oculta atrás de todo esto, que negaríamos de buen grado, es la de que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osaría defenderse si se le atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad. Por consiguiente, el prójimo no se le presenta únicamente como un posible colaborador y objeto sexual, sino también como un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirle, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo. Homo homini lupus: ¿Quién se atrevería a refutar este refrán, después de todas las experiencias de la vida y de la historia?”* (Freud 1995a) Esta tendencia es el factor que tanto

perturba las relaciones con los semejantes, obligando a la cultura a imponer sus preceptos. Pero por más esfuerzos que se hagan, las pasiones instintivas son más fuertes que los intereses racionales. Por ello la cultura tiene que imponer barreras a las tendencias agresivas. *“De ahí, pues, ese despliegue de métodos destinados a que los hombres se identifiquen y entablen vínculos amorosos coartados en su fin; de ahí las restricciones de la vida sexual, y de ahí también el precepto ideal de amar al prójimo como a sí mismo, precepto que efectivamente se justifica, porque ningún otro es, como él, tan contrario y antagónico a la primitiva naturaleza humana.”* (Freud 1995a)

Al hombre no le resulta fácil renunciar a satisfacer estas tendencias. El denominado "narcisismo de las pequeñas diferencias" es un medio para satisfacer inofensivamente dichos impulsos, facilitando la cohesión entre los miembros de una misma comunidad. Este fenómeno se constata en las comunidades vecinas, que son justamente las que más se pelean y combaten entre sí.

“Si la cultura impone tan pesados sacrificios, no sólo a la sexualidad, sino también a las tendencias agresivas, comprenderemos mejor por qué al hombre le resulta tan difícil alcanzar en ella su felicidad.” (Freud 1995a) El hombre primitivo estaba menos agobiado, ya que no tenía restricciones, pero no podía gozar de esa felicidad por mucho tiempo y sólo el jefe gozaba de libertad absoluta. El hombre moderno ha cambiado parte de su felicidad por seguridad.

LA PULSIÓN DE MUERTE Y SU EXPRESIÓN EN LA CULTURA

Con la aparición del concepto de "pulsión de muerte" se modifica el curso del ensayo. La cultura es ahora quien revela el antagonismo entre las pulsiones, pues al nivel de la vida y el psiquismo individual el *thánatos* permanece ambiguo y silencioso. Freud había elaborado su doctrina de la pulsión de muerte ya en 1920 en *Más allá del principio de placer*, pero ésta se encuadraba en un marco biológico, sin la acentuación de su faceta social.

En 1930, Freud ve más claramente que la pulsión de muerte permanece silenciosa en el ser viviente y que se hace manifiesta socialmente en la agresividad y la destrucción. *“El siguiente paso adelante lo di en Más allá del principio de placer (1920), cuando por vez primera mi atención fue despertada por el impulso de repetición y por el carácter conservador de la vida instintiva. Partiendo de ciertas especulaciones sobre el origen de la vida y sobre determinados paralelismos biológicos, deduje que, además del instinto que tiende a conservar la*

sustancia viva y a condensarla en unidades cada vez mayores, debía existir otro, antagónico de aquél, que tendiese a disolver estas unidades y a retornarlas al estado más primitivo, inorgánico. De modo que además del eros habría un instinto de muerte; los fenómenos vitales podrían ser explicados por la interacción y el antagonismo de ambos. Pero no era nada fácil demostrar la actividad de este hipotético instinto de muerte. Las manifestaciones del eros eran notables y bastante conspicuas; bien podía admitirse que el instinto de muerte actuase silenciosamente en lo íntimo del ser vivo, persiguiendo su desintegración; pero esto, naturalmente, no tenía el valor de una demostración. Progresé algo más, aceptando que una parte de este instinto se orienta contra el mundo exterior, manifestándose entonces como impulso de agresión y destrucción.” (Freud 1995a)

En el plano psicológico, la pulsión de muerte también resulta difícil de captar, actúa conjuntamente con el eros. Él es quien la utiliza desviándola o transformándola en sadismo o masoquismo. La pulsión de muerte recién se desenmascara en el plano social. Hay, entonces, una manifestación progresiva del *thánatos* a través de los tres niveles: biológico, psicológico y cultural. Su antagonismo aumenta en la medida en que el eros despliega su efecto uniendo a todo ser viviente a sí mismo (plano biológico), al yo a su objeto (plano psicológico) y a los individuos a grupos más grandes (plano cultural).

La aceptación del instinto de muerte genera resistencias. No es grato oír que el hombre tiene una inclinación innata hacia lo malo, hacia la agresión y la destrucción. Para Freud, la tendencia agresiva es una disposición instintiva y autónoma del hombre y constituye el mayor obstáculo de la cultura. Por ello, las masas tienen que ser vinculadas libidinalmente, pues ni la necesidad, ni las ventajas de la comunidad bastan para que se mantengan unidas, porque esta agresividad innata se opone al fin de la cultura. La evolución cultural depende, en consecuencia, de la lucha entre Eros y Thánatos. *“Esta lucha es, en suma, el contenido esencial de la misma, y por ello la evolución cultural puede ser definida brevemente como la lucha de la especie humana por la vida.”* (Freud 1995a)

EL SENTIMIENTO DE CULPA COMO MEDIO PARA COARTAR LA AGRESIVIDAD

¿Qué medios tiene la cultura para controlar la agresividad? Para esclarecer este punto, Freud comienza haciendo una analogía con el individuo: ¿qué le ha pasado para que sus impulsos agresivos se tornen inofensivos?

La agresión es introyectada, internalizada y devuelta al yo, incorporándose a una parte de éste: el "súper-yo", que asume la función de conciencia. La tensión que se crea entre el yo y el súper-yo se traduce como sentimiento de culpa y se manifiesta bajo la necesidad de castigo.

¿Por qué esta culpa no sólo se siente al realizar algo malo, sino también al tener la intención de hacerlo? Hay una influencia externa que establece lo bueno y lo malo. Por miedo a la pérdida del amor se evita cometer aquello que es juzgado como malo, pero el cumplimiento depende de la presencia o ausencia de la autoridad externa. Se produce un cambio cuando se internaliza la autoridad en el súper-yo, el cual está constantemente vigilando al yo, y no sólo sus acciones.

¿Cuál es el origen del sentimiento de culpa? *“Conocemos dos orígenes del sentimiento de culpa: uno es el miedo a la autoridad; el segundo, más reciente, es el temor al súper-yo. El primero obliga a renunciar a la satisfacción de los instintos; el segundo impulsa, además, al castigo, dado que no es posible ocultar ante el súper-yo la persistencia de los deseos prohibidos.”* (Freud 1995a) La renuncia instintual es consecuencia del temor a la pérdida, pero el miedo al súper-yo es distinto, pues el deseo persiste y no puede ser ocultado ante él y, en consecuencia, no deja de surgir el sentimiento de culpa. *“La secuencia cronológica sería, pues, la siguiente: ante todo se produce una renuncia instintual por temor a la agresión de la autoridad exterior -pues a esto se reduce el miedo a perder el amor, ya que el amor protege contra la agresión punitiva-; luego se instaaura la autoridad interior, con la consiguiente renuncia instintual por miedo a ésta; es decir, por el miedo a la conciencia moral. En el segundo caso se equipara la mala acción con la intención malévola, de modo que aparece el sentimiento de culpa y la necesidad de castigo. La agresión por la conciencia moral perpetúa así la agresión por la autoridad.”* (Freud 1995a) Pero, ¿porqué la renuncia instintual produce angustia? Es que dentro del proceso ha ocurrido una inversión: al principio la conciencia moral es la causa de la renuncia a los instintos, luego toda renuncia es fuente de conciencia moral (angustia), produciéndose una retroalimentación.

Si ahora pasamos de la historia evolutiva individual a la filogenética, comenta Freud, se nos presenta una diferencia entre los dos procesos. Vemos entonces que el sentimiento de culpa procede del "complejo de Edipo" que se originó con el asesinato del padre. El remordimiento es fruto de la ambivalencia afectiva, pues el parricidio colma los instintos de muerte, pero el *eros* genera la conciencia moral y el remordimiento. Con esto se comprende la participación del amor en la génesis de la conciencia y el carácter inevitable del sentimiento de culpa.

Efectivamente, el sentimiento de culpa está ligado al conflicto de ambivalencia, es expresión de la eterna lucha entre el *eros* y el instinto de muerte. *“Este conflicto se exacerba en cuanto al hombre se le impone la tarea de vivir en comunidad; mientras esta comunidad sólo adopte la forma de familia, aquél se manifestará en el complejo de Edipo, instituyendo la conciencia y engendrando el primer sentimiento de culpa. Cuando se intenta ampliar dicha comunidad, el mismo conflicto persiste en formas que dependen del pasado, reforzándose y exaltando aún más el sentimiento de culpa. Dado que la cultura obedece a una pulsión erótica interior que la obliga a unir a los hombres en una masa íntimamente amalgamada, sólo puede alcanzar este objetivo mediante la constante y progresiva acentuación del sentimiento de culpa.”* (Freud 1995a) Se hace evidente, a causa de esta innata ambivalencia, que la cultura se halla ligada indisolublemente al sentimiento de culpa, y que quizás éste puede alcanzar grados que resulten insoportables para el hombre.

SENTIMIENTO DE CULPA Y EVOLUCIÓN CULTURAL

Freud comienza presentando el sentimiento de culpa como el problema más importante de la evolución cultural. El precio del progreso es la pérdida de una parte de la felicidad a causa del sentimiento de culpa. Este sentimiento es una variante de la angustia y coincide con el miedo al súper-yo. Generalmente es una angustia inconsciente, y se expresa como malestar o descontento.

Freud afirma que la insatisfacción de los instintos puede generar culpa: *“En la literatura analítica más reciente se expresa una predilección por la teoría de que toda forma de privación, toda satisfacción instintual defraudada, tiene o podría tener por consecuencia un aumento del sentimiento de culpa.”* (Freud 1995a) Y él mismo se pregunta: ¿Cómo explicar esto dinámica y económicamente? Parece ser que el impedir una satisfacción erótica desencadenaría una agresividad contra alguien, la cual tendría que ser contenida. Ésta se transforma en culpa cuando es coartada y dirigida al súper-yo. Cuando un instinto se reprime, sus elementos libidinales se convierten en síntomas y los componentes agresivos en culpa.

Nuevamente se recurre a la analogía entre la evolución individual y el proceso cultural. La lucha entre el *thánatos* y el *eros* caracteriza los dos procesos. En la evolución individual, el acento cae sobre las tendencias egoístas o de felicidad. En la evolución cultural, sobre la tendencia altruista, pues se limita a instituir restricciones. La lucha entre individuo y sociedad responde a un conflicto de economía libidinal: *“Tal como fatalmente deben combatirse en cada individuo las*

dos tendencias antagónicas -la de felicidad individual y la de unión humana-, así también han de enfrentarse por fuerza, disputándose el terreno, ambos procesos evolutivos: el del individuo y el de la cultura. Pero esta lucha entre individuo y sociedad no es hija del antagonismo, quizá inconciliable, entre los protoinstintos, entre Eros y Thátanos, sino que responde a un conflicto en la propia economía de la libido, conflicto comparable a la disputa por el reparto de la libido entre el yo y los objetos.” (Freud 1995a)

Siguiendo con la analogía, Freud asegura que la comunidad también desarrolla un súper-yo; que se origina de manera similar al individual, y que establece ideales, cuya violación es castigada por la angustia de conciencia. La ética forma parte del súper-yo, y su función es controlar las tendencias agresivas; desde allí también se justifica el precepto del amor al prójimo. *“Ya sabemos que en este sentido el problema consiste en eliminar el mayor obstáculo con que tropieza la cultura: la tendencia constitucional de los hombres a agredirse mutuamente; de ahí el particular interés que tiene para nosotros el quizá más reciente precepto del súper-yo cultural: ‘Amarás al prójimo como a ti mismo.’”* (Freud 1995a) Las críticas al súper-yo cultural y al súper-yo individual son las mismas: con sus exigencias y prohibiciones se despreocupan de la felicidad y promulgan preceptos imposibles de cumplir. Por otra parte, hay que tener en cuenta que la dominación del yo sobre el ello no puede pasar ciertos límites, si lo hace se produce una neurosis. ¿No se habrá tornado neurótica la humanidad entera bajo la presión de las ambiciones del súper-yo cultural?

Freud llega al final del ensayo haciendo depender el destino de la humanidad de su capacidad para enfrentar la pulsión de muerte, abandonándose, en última instancia, a la fuerza del eros: *“A mi juicio, el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de si -y hasta qué punto- el desarrollo cultural logrará hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de autodestrucción. [...] Sólo nos queda esperar que la otra de ambas ‘potencias celestes’, el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario. Mas, ¿quién podría augurar el desenlace final?”* (Freud 1995a)

En los últimos capítulos de *El malestar en la cultura*, la relación entre psicología y teoría de la cultura se va invirtiendo. Al principio, la economía de la libido guiaba e iluminaba el fenómeno cultural. A partir de la introducción de la pulsión de muerte, la interpretación de la cultura y la dialéctica pulsional se alimentan mutuamente. Y, con la aparición del sentimiento de culpa, la teoría de la cultura

es ahora la que alimenta a la psicología. El mismo Freud aclara que se puede tener la impresión de estar dedicándole demasiado espacio al sentimiento de culpa, aunque sin embargo *“corresponde por completo al propósito de destacar el sentimiento de culpa como el problema más importante de la evolución cultural, señalando que el precio pagado por el progreso de la cultura reside en la pérdida de felicidad por aumento del sentimiento de culpa”* (Freud 1995a).

Según Ricoeur, *“el estudio psicológico de este sentimiento no era posible más que a partir de una interpretación ‘económica’ de la cultura”* (Ricoeur 1984). Desde la psicología individual el sentimiento no parece ser más que una agresividad introyectada que el súper-yo descarga sobre el yo. Pero, en efecto, la función económica aparece cuando se reubica la necesidad de castigar: la cultura domina la agresividad del individuo debilitándolo, haciéndolo vigilar por una instancia que se encuentra en él mismo.

Como sostiene Ricoeur, la interpretación económica del sentimiento de culpa no puede edificarse más que en una perspectiva cultural. En este marco pueden encontrar su lugar las diversas interpretaciones genéticas y parciales elaboradas en diferentes épocas. Éstas conciernen a la muerte del padre primitivo y al remordimiento. La explicación genética se subordina a la económica: *“Efectivamente, no es decisivo si hemos matado al padre o si nos abstuvimos del hecho: en ambos casos nos sentiremos por fuerza culpables, dado que este sentimiento de culpa es la expresión del conflicto de ambivalencia, de la eterna lucha entre el eros y el instinto de destrucción o de muerte.”* (Freud 1995a) Este conflicto se inició cuando se impuso a los hombres la tarea de vivir en común. Cuando la comunidad tiende a ampliarse, el conflicto se intensifica. Como la civilización obedece a un impulso erótico que tiende a unir a una masa de hombres, no se puede lograr esto más que con un solo medio: reforzando el sentimiento de culpa, en tanto consecuencia de la ambivalencia y del eterno conflicto entre el amor y la muerte.

Llegando al final de *El malestar en la cultura*, parece que el punto de vista económico es el que explica la cultura. Sin embargo, *“es preciso decir que la supremacía del punto de vista económico sobre todo otro punto de vista, comprendido el punto de vista genético, no es completa más que cuando el psicoanálisis se arriesga a desplegar su dinámica de las pulsiones en el vasto marco de la interpretación de una teoría de la cultura”* (Ricoeur 1984).

3. LA ILUSIÓN

¿QUÉ ES LA CULTURA?

Quien alguna vez se preguntó sobre los orígenes de la cultura tiene la tentación de cuestionarse sobre su futuro, sobre su porvenir. Para abordar esta cuestión es necesario previamente aclarar qué es la cultura.

En *El porvenir de una ilusión*, Freud comienza aclarando que no hay razón para oponer cultura y civilización. Ambos términos se usan allí como sinónimos, pues la cultura es abordada desde el punto de vista económico, desde el balance de inversiones y contra-inversiones libidinosas.

La cultura es todo aquello que lleva al hombre a superar su condición zoológica, distinguiendo del animal. Por un lado, comprende el saber y el poder conquistado por el hombre para dominar las fuerzas de la naturaleza y extraer de ella los bienes que necesita para satisfacer sus necesidades. Por otra parte, abarca las organizaciones e instituciones que regulan las relaciones entre los hombres y la distribución de los bienes. Estos dos aspectos están vinculados entre sí. En la medida en que los bienes satisfacen los instintos, afectan las relaciones entre los hombres. El individuo también puede ser un bien material para otro, ya sea como objeto sexual o como mano de obra. Cada individuo se transforma en enemigo de la civilización, pues no tolera los sacrificios que implica vivir en comunidad. Por ello la civilización tiene que defenderse del individuo y sus impulsos hostiles a través de mandamientos, organizaciones e instituciones.

La civilización se edifica sobre la coerción de los instintos, pues hay que contar con que el hombre tiene tendencias destructoras, antisociales y anticulturales. Lo que está en cuestión entre la prohibición y las pulsiones es el problema de la disminución de la energía pulsional, la reconciliación con lo que no se puede cambiar y la compensación de los sacrificios realizados. *“Lo decisivo está en si es posible aminorar, y en qué medida, los sacrificios impuestos a los hombres en cuanto a la renuncia a la satisfacción de sus instintos, conciliarlos con aquellos que continúen siendo necesarios y compensarlos por ellos.”* (Freud 1995b) Seguirá siendo necesario el dominio de la masa por una minoría. El hecho de que sólo mediante cierta coerción se puedan mantener ciertas instituciones culturales se debe a dos razones: *“la falta de amor al trabajo y la ineficacia de los argumentos contra las pasiones”* (Freud 1995b).

EL PATRIMONIO ESPIRITUAL DE LA CULTURA

Freud comienza el segundo capítulo de *El porvenir de una ilusión* con el siguiente párrafo: “*Hemos pasado inadvertidamente de lo económico a lo psicológico. Al principio nos inclinamos a buscar el patrimonio cultural en los bienes existentes y en las instituciones para su distribución. La conclusión de que toda cultura reposa en la imposición coercitiva del trabajo y en la renuncia a los instintos, provocando, por consiguiente, la oposición de aquellos sobre los cuales recaen tales exigencias, nos hace ver claramente que los bienes mismos, los medios para su conquista y las disposiciones para su distribución no pueden ser el contenido único, ni siquiera el contenido esencial de la cultura, puesto que se hallan amenazados por la rebeldía y el ansia de destrucción de los partícipes de la misma. Al lado de los bienes se sitúan ahora los medios necesarios para defender la cultura; esto es, los medios de coerción y los conducentes a reconciliar a los hombres con la cultura y a compensarles sus sacrificios. Estos últimos medios constituyen lo que podríamos considerar como el patrimonio espiritual de la cultura.*” (Freud 1995b)

Antes de continuar hay que aclarar el significado de algunos términos: "interdicción", es la imposibilidad de satisfacer un instinto; "prohibición", es la institución que marca tal interdicción; "privación", es el estado generado por la prohibición. Ésta puede afectar a todos los hombres por igual o a un determinado grupo.

Las interdicciones son anteriores a las prohibiciones y privaciones. Con ellas el hombre inició su separación del estado animal. Todavía se mantienen en vigor y constituyen el núcleo de la hostilidad contra la civilización. Ellas impiden satisfacer ciertos deseos instintivos. “*Tales deseos instintivos son el incesto, el canibalismo y el homicidio.*” (Freud 1995b)

Es propio de la evolución cultural la transformación gradual de la coerción externa en coerción interna instaurada por la formación del súper-yo. Como asegura Freud, “*este robustecimiento del súper-yo es uno de los factores culturales psicológicos más valiosos*” (Freud 1995b). El grado de asimilación de los preceptos culturales, es decir, el nivel moral de sus partícipes, es uno de los patrimonios espirituales, pero no el único. “*Ha de atenderse también a su acervo de ideales y a su producción artística; esto es, a las satisfacciones extraídas de estas dos fuentes.*” (Freud 1995b) Los ideales son valoraciones que determinan los rendimientos más elevados a los que se debe aspirar. La satisfacción que procura

alcanzar el ideal es de naturaleza narcisista y deviene del orgullo por el rendimiento obtenido. *“La satisfacción narcisista, extraída del ideal cultural, es uno de los poderes que con mayor éxito actúan en contra de la hostilidad adversa a la civilización.”* (Freud 1995b) El arte, es otro medio que ofrece satisfacciones sustitutivas compensadoras e intensifica los sentimientos de identificación.

Pero falta todavía el elemento más importante del inventario de la civilización: sus "representaciones religiosas".

EVOLUCIÓN, FUNCIÓN Y CONTENIDO DE LAS REPRESENTACIONES RELIGIOSAS

Dice Freud: *“La función capital de la cultura, su verdadera razón de ser, es defendernos de la naturaleza.”* (Freud 1995b) La naturaleza no está totalmente sojuzgada. Los terremotos, las inundaciones, las enfermedades, el dolor de la muerte, nos ponen continuamente frente a nuestras limitaciones y debilidades. Esta situación provoca un temor angustiante y una fuerte lesión al narcisismo. ¿Cómo defendernos de la naturaleza y el destino? La civilización asume la función defensora, respondiendo a la demanda de consuelo y al ansia de saber del hombre.

Esta labor lleva a humanizar la naturaleza para poder elaborar psíquicamente la angustia. Si la naturaleza estuviera poblada de seres semejantes a nosotros, nos sentiríamos más tranquilos, las fuerzas dejarían de ser impersonales y podríamos intentar conjurar y dominar a estos seres. Este antropomorfismo tiene un precedente infantil. *“De niños, todos hemos pasado por un período de indefensión con respecto a nuestros padres -a nuestro padre, sobre todo-, que nos inspiraba un profundo temor, aunque al mismo tiempo estábamos seguros de su protección contra los peligros que por entonces conocíamos.”* (Freud 1995b) El hombre reviste las fuerzas de la naturaleza de un carácter paternal y las convierte en dioses, según un prototipo infantil y filogenético. En el curso de la evolución, se van desmitificando las fuerzas, pero perduran la necesidad de protección y los dioses, quienes tienen una triple función: *“espantar los terrores de la naturaleza, conciliar al hombre con la crueldad del destino, especialmente tal y como se manifiesta en la muerte, y compensarlo por los dolores y las privaciones que la vida civilizada en común le impone”* (Freud 1995b). Con el tiempo, la tercera función se va acentuando. Las divinidades compensan los defectos de la civilización y de la vida en común y velan por el cumplimiento de los preceptos, a

los que se les atribuye un origen divino.

“Fácilmente se advierte que este tesoro de representaciones protege a los hombres en dos direcciones distintas: contra los peligros de la naturaleza y del destino y contra los daños de la propia sociedad humana.” (Freud 1995b) Al contenido de tales representaciones lo podemos sintetizar así: esta vida sirve a un fin más alto, el perfeccionamiento del hombre. Todo lo que sucede está regido por una inteligencia superior que conduce las cosas hacia el bien. La muerte no es el final sino el paso a una vida más plena. Las leyes morales rigen el suceder universal y la justicia es resguardada por una instancia superior. Sabiduría, bondad y justicia son los atributos de los dioses (que se condensan en un único dios en el monoteísmo, revelando así el carácter paternal oculto en la imagen divina). Pero las representaciones religiosas, ¿de dónde extraen sus fuerzas y estimación?, ¿cuál es su verdadero valor?

En *Tótem y tabú*, pareciera que Freud adjudica el origen de la religión a otra causa: la relación paterno-filial. Dios sería la superación del padre y la respuesta a la necesidad de una instancia protectora. En *El porvenir de una ilusión* dice que el origen de las representaciones religiosas es la impotencia y la indefensión del hombre. En esta misma obra aclara que *Tótem y tabú* se refiere sólo al origen del totemismo, aunque éste tenga mucha relación con las religiones posteriores. Las restricciones morales contra el incesto, la endogamia y el homicidio nacen del totemismo.

Freud postula la existencia de una conexión entre el complejo paterno y la necesidad de protección, que justifica las diferencias entre las dos obras. La génesis de la religión tiene los rasgos propios de la reacción contra la indefensión infantil. Esto se ve partiendo del proceso de elección de objeto en el niño. La libido sigue las necesidades narcisistas, adhiriéndose a los objetos que la satisfacen. La madre es el primer objeto amoroso que calma el hambre y protege a la vez. Luego es sustituida por el padre en la función de protector. Cuando el individuo advierte que siempre estará necesitado de protección, crea sus dioses, dándoles los rasgos de la figura paterna.

CLASIFICACIÓN DE LAS REPRESENTACIONES RELIGIOSAS

Las representaciones religiosas “*son principios y afirmaciones sobre hechos y relaciones de la realidad exterior (o interior) en los que se sostiene algo que no hemos hallado por nosotros mismos y que aspiran a ser aceptados como ciertos*” (Freud 1995b).

¿En qué fundan su aceptación? Hay tres argumentos: porque nuestros antepasados los tuvieron por ciertos; por las pruebas que nos han sido transmitidas de generaciones anteriores; y por la prohibición de plantear la cuestión de la incredulidad.

Para Freud ninguno de estos argumentos es válido. Es así que lo más valioso del patrimonio cultural, aquello que nos aclara los enigmas del mundo y del hombre, es lo que menos garantías nos ofrece.

Hay dos alternativas para eludir el problema: “creo en virtud del absurdo” (las doctrinas religiosas están sustraídas de las exigencias de la razón, están por encima de ella); “la filosofía del como si” (carecen de fundamento pero, en razón de su utilidad práctica, las tomamos por verdaderas).

A pesar de la falta de fundamento, estas ideas han ejercido una influencia suprema sobre la humanidad. “*Habremos, pues, de preguntarnos en qué consiste la fuerza interior de estas doctrinas y a qué deben su eficacia, independientemente de los dictados de la razón.*” (Freud 1995b)

LAS REPRESENTACIONES RELIGIOSAS COMO ILUSIÓN

“*Recapitulando nuestro examen de la génesis psíquica de las ideas religiosas, podremos formularla como sigue: tales ideas, que nos son presentadas como dogmas, no provienen de la experiencia ni son conclusiones del pensamiento: son ilusiones, realizaciones de los deseos más antiguos, intensos y apremiantes de la humanidad. El secreto de su fuerza está en la fuerza de estos deseos.*” (Freud 1995b) La impotencia de la niñez despierta la necesidad de protección satisfecha por el padre. Al persistir la indefensión, el hombre forja un padre inmortal mucho más poderoso. Así, la Providencia mitiga el miedo a los peligros, el orden moral universal asegura la justicia, y la vida futura amplía los límites temporales y espaciales.

Para Freud, estas representaciones son una "ilusión", por lo que una de sus características principales es la de derivar de un deseo humano. *“Así, pues, calificamos de ilusión una creencia cuando aparece engendrada por el impulso a la satisfacción de un deseo, prescindiendo de su relación con la realidad, del mismo modo que la ilusión prescinde de toda garantía real.”* (Freud 1995b) Los dogmas entrarían dentro de esta categorización; algunos incluso serían considerados "ideas delirantes". La labor científica sería el único camino que, según Freud, podría darnos a conocer la realidad exterior. Nadie puede ser obligado a creer, pero tampoco nadie puede contentarse con el autoengaño.

¿SEGUIR EN LA ILUSIÓN? UN PROBLEMA ECONÓMICO

Freud se pone frente a un objetor imaginario: estas doctrinas constituyen la base de la civilización; si decimos que son puras ilusiones, cada uno seguirá sus instintos y sobrevendrá el caos. Deberíamos callar y hacer "como sí", pues muchos hombres encuentran en esas doctrinas su único consuelo. Por otro lado, el hombre tiene otras necesidades que no se pueden compensar desde lo intelectual.

A esta objeción responde Freud que *“tratando de mantener las actuales relaciones entre la civilización y la religión, se crean para la primera mayores peligros que intentando destruirlas”* (Freud 1995b). La religión contribuyó a dominar los instintos antisociales y tuvo tiempo para demostrar su eficacia; sin embargo, no logró que cesara el descontento hacia la civilización. ¿No estaremos exagerando el valor de la religión para los hombres? ¿Somos prudentes al basar en ella nuestras normas éticas? *“Si los rendimientos de la religión, en cuanto a la felicidad de los hombres, su adaptación a la cultura y su restricción moral no son mejores, habremos de preguntarnos si no exageramos su necesidad para los hombres y si obramos prudentemente al basar en ella nuestras exigencias culturales.”* (Freud 1995b) La religión va perdiendo su influencia sobre la cultura por tres causas: el robustecimiento del espíritu científico, las críticas hacia ella y la investigación comparativa (que indica la existencia de una analogía entre las representaciones religiosas y las manifestaciones espirituales de los pueblos primitivos).

Freud parece constatar que a mayor conocimiento corresponde una disminución en la fe religiosa. En los intelectuales tal sustitución se dará sola: *“De los hombres cultos y de los trabajadores intelectuales no tiene mucho que temer la civilización. La sustitución de los motivos religiosos de una conducta civilizada por otros motivos puramente terrenos se desarrollaría en ellos calladamente.”*

(Freud 1995b) El problema se presenta sólo para las masas incultas. ¿Hay que mantenerlas en la ignorancia o revisar las relaciones entre civilización y religión?

La inseguridad, que amenazó la vida, acabó por unir a los hombres en una sociedad que prohibió atentar contra sus semejantes y se reservó el derecho de castigar a quienes transgredían las leyes. *“Pero en lugar de aceptar este fundamento racional de la prohibición de matar, afirmamos que ha sido dictada por el mismo Dios.”* (Freud 1995b) Revistiendo de divinidad las prohibiciones nos exponemos a supeditar su observancia a la existencia de Dios. Esta situación se extendió a otros preceptos, de los cuales conviene reconocer su origen humano.

En el conjunto de representaciones también entra en juego la herencia filogenética: *“Advertimos ahora que el tesoro de las representaciones religiosas no encierra sólo realizaciones de deseos, sino también importantes reminiscencias históricas, resultando así una acción conjunta del pasado y el porvenir, que ha de prestar a la religión una incomparable plenitud de poder.”* (Freud 1995b)

Hacia el final del capítulo octavo de *El porvenir de una ilusión*, Freud realiza una comparación de la religión con la neurosis obsesiva, la cual evidencia que el abandono de la religión está dentro de la fase evolutiva de la humanidad: *“La religión sería la neurosis obsesiva de la colectividad humana, y lo mismo que la del niño, provendría del complejo de Edipo. Conforme a esta teoría hemos de suponer que el abandono de la religión se cumplirá con toda la inexorable fatalidad de un proceso de crecimiento y que en la actualidad nos encontramos ya dentro de esta fase de la evolución.”* (Freud 1995b) Pero la cuestión no se agota con esta analogía: la religión contiene, además, un sistema de ilusiones contrarias a la realidad, similar a una demencia.

Freud deja clara su propuesta: retirar la religión de los mandamientos culturales, intentar una educación no religiosa. Esto no implica desarraigar de golpe la fe del creyente, pues los efectos del consuelo religioso son comparados con los de un fuerte narcótico y éste no se puede quitar violentamente.

El hombre está capacitado para prescindir de la ilusión religiosa, tiene que abandonar su infantilismo y asumir la dureza de la vida. *“Desde luego, su situación será más difícil. Tendrá que reconocer su impotencia y su infinita pequeñez y no podrá considerarse ya como el centro de la creación, ni creerse amorosamente guardado por una providencia bondadosa. Se hallará como el niño que ha abandonado el hogar paterno, en el cual se sentía seguro y dichoso. Pero, ¿no es también cierto que el infantilismo ha de ser vencido y superado? El hombre*

no puede permanecer eternamente niño; tiene que salir algún día a la vida, a la dura ‘vida enemiga’. Esta sería la ‘educación para la realidad’. ¿Habré de decirle todavía que el único propósito del presente trabajo es señalar la necesidad de tal progreso?” (Freud 1995b) En la realización de este paso, el hombre no se encuentra tan desamparado como antes porque la ciencia ha ampliado su poderío. La clave está en concentrar las fuerzas en esta vida y hacerla más llevadera para todos.

¿SUSTITUIR LA ILUSIÓN RELIGIOSA POR LA ILUSIÓN CIENTÍFICA?

La propuesta del psicoanálisis, ¿no será también una ilusión? ¿Vale la pena sustituir una ilusión de gran valor afectivo por otra incontrastada e indiferente?

Si la ciencia resultara una ilusión, Freud la diferenciaría de la religiosa. La ilusión del psicoanálisis no conlleva castigo para quienes no la comparten, no es de carácter obsesivo.

“La voz del intelecto es apagada, pero no descansa hasta haber logrado hacerse oír y siempre termina por conseguirlo, después de ser rechazada infinitas veces. [...] La primacía del intelecto está, desde luego, muy lejana pero no infinitamente” (Freud 1995b) , y aunque fracasen los primeros intentos sustitutivos, las doctrinas religiosas serán abandonadas. Nada logra resistir a la razón y a la experiencia, y ambas son contradichas por la religión. La ciencia puede permitir ampliar nuestro poder y dar sentido a la vida. *“No, nuestra ciencia no es una ilusión.”* (Freud 1995b)

LA ILUSIÓN Y EL MODELO GENÉTICO

Es dentro de la cultura, teorizada según el modelo tópico-económico, que es posible reemplazar al arte, la moral y la religión. Freud no los aborda por su objeto, sino por la función económica que desempeñan dentro de la cultura. De esta manera lo interpreta Ricoeur: *“La cuestión que formula Freud no es la de Dios, sino la del dios de los hombres y de su función económica en la balanza de las renunciaciones pulsionales, de las satisfacciones sustituidas y de las compensaciones por las cuales el hombre intenta soportar la vida.”* (Ricoeur 1984)

El origen de la ilusión es la dureza de la vida. Los sufrimientos se hacen insoportables, no hay ninguna satisfacción que equilibre la balanza. La cultura tiene, como una de sus funciones capitales, la de defender al hombre de las fuerzas de la naturaleza. La ilusión es un método usado por la cultura para

compensar los males y sufrimientos de la existencia. Así, se crean los dioses para mitigar el temor, reconciliarnos con el destino y compensar el sufrimiento causado por los sacrificios que impone la civilización.

Ricoeur se pregunta: “¿Qué es lo que la ilusión introduce de nuevo en la economía de las pulsiones? Esencialmente un nudo ideacional o representativo -los dioses- sobre los cuales pronuncia asertos -los dogmas-, es decir, afirmaciones que pretenden asir una realidad.” (Ricoeur 1984) Creer en una realidad indemostrable que parte de los deseos del hombre es lo esencial de la ilusión. La religión que el hombre crea lo satisface a fuerza de afirmaciones inverificables e irracionales.

En este punto, la interpretación global articulada por el modelo económico necesita de las interpretaciones parciales regidas por el modelo genético. La ilusión liga las explicaciones por el origen con las explicaciones por la función. Como se mencionó anteriormente, la característica esencial de la ilusión es la de originarse en deseos humanos, específicamente, en el deseo de seguridad; de otro modo no se podría justificar su irracionalidad.

Pero de dónde surge este deseo. Llegados a este punto, es necesario comenzar a analizar *Tótem y tabú* y *Moisés y la religión monoteísta*. Estas obras nos dan el esquema genético que completa la explicación económica, reconstituyendo los recuerdos históricos que forman el contenido verdadero, disimulado en la ilusión, y el contenido latente que da lugar al retorno de lo reprimido, disfrazado en la conciencia religiosa.

Como comenta Ricoeur, “Freud insiste sobre el nudo histórico que constituye el origen filo-genético de la religión; [...] la explicación genética requiere un realismo de origen: de ahí la amplitud y el cuidado de las investigaciones de Freud concernientes tanto a los orígenes de la civilización como a los comienzos del monoteísmo judío. Le son necesarios una serie de padres reales y realmente masacrados por los hijos para alimentar el retorno de la represión.” (Ricoeur 1984)

4. EL MODELO GENÉTICO: *TÓTEM Y TABÚ*

En esta obra, Freud reinterpreta, desde el punto de vista psicoanalítico, los resultados de la etnografía de comienzos del siglo XX, que dan cuenta de los orígenes totémicos de la religión y de nuestra ética imperativa en los tabúes arcaicos. En esta interpretación se da más importancia al modelo genético, pues el modelo económico no estaba todavía del todo elaborado para esa época.

Freud se apoya en la hipótesis de la herencia filogenética (llamada por él ‘herencia arcaica’), compuesta de un conjunto de predisposiciones y huellas de recuerdos vividos por nuestros antepasados. Cada individuo realiza, durante su crecimiento y de manera abreviada, una repetición de los acontecimientos más importantes que vivió la humanidad desde sus comienzos. Estas hipótesis son constatadas en el hombre contemporáneo. Ello permite, a su vez, observando a éste, formular hipótesis sobre las sociedades primitivas.

“EL HORROR AL INCESTO”

Freud ve en los pueblos primitivos una fase anterior del desarrollo humano. Esto lo lleva a acercarse al hombre prehistórico, que se impone la interdicción al incesto. Allí encontramos, en lugar de instituciones religiosas, el sistema totémico. Las tribus se dividen en grupos más pequeños, cada uno de los cuales lleva el nombre de su “tótem”.

“¿Qué es un tótem? Por lo general, un animal comestible, ora inofensivo, ora peligroso y temido, y más raramente una planta o una fuerza natural (lluvia, agua) que se hallan en una relación particular con la totalidad del grupo. El tótem es, en primer lugar, el antepasado del clan, y en segundo, su espíritu protector y su bienhechor, que envía oráculos a sus hijos y los conoce y protege aun en aquellos casos en los que resulta peligroso. Los individuos que poseen el mismo tótem se hallan, por tanto, sometidos a la sagrada obligación -cuya violación trae consigo un castigo automático- de respetar su vida y abstenerse de comer su carne o aprovecharse de él en cualquier otra forma.” (Freud 1995c) Se transmite hereditariamente. La subordinación al tótem es la primer obligación social.

El sistema totémico está unido a la ley de la exogamia, por la cual los miembros de una misma tribu (tótem) no pueden tener relaciones entre sí, ni casarse. La violación de la ley es castigada por toda la tribu, regularmente con la muerte. Las relaciones no seguidas de procreación (anodinas), también son castigadas. Los

hijos tendrán el tótem de la madre, por lo que no pueden tener relaciones ni con su madre ni con su hermana. Aquellos que desciendan del mismo tótem son consanguíneos y forman una familia, en la cual todos los grados de parentesco son considerados como un impedimento para la unión sexual. Estos salvajes tienen horror al incesto. Existe una conexión entre exogamia y tótem, al punto que el parentesco de sangre queda reemplazado, por alguna causa desconocida, por el parentesco totémico.

El horror de los salvajes al incesto es conocido desde hace mucho tiempo. El temor al incesto constituye un rasgo infantil que también se da en los neuróticos. El complejo central de la neurosis está en la actitud incestuosa con respecto a los padres. Se constata entonces, ya sea en el hombre primitivo como en el neurótico, una profunda aversión a los deseos incestuosos.

“EL TABÚ Y LA AMBIVALENCIA DE LOS SENTIMIENTOS”

En el segundo capítulo de *Tótem y tabú*, Freud comienza desarrollando la noción de "tabú": *“El tabú presenta dos significaciones opuestas: la de lo sagrado o consagrado y la de lo inquietante, peligroso, prohibido o impuro. [...] El concepto de ‘tabú’ entraña, pues, una idea de reserva, y, en efecto, el tabú se manifiesta esencialmente en prohibiciones y restricciones.”* (Freud 1995c)

Las restricciones tabú carecen de fundamento. Tampoco surgen de un mandamiento divino. Extraen su fuerza de sí mismas, aspecto que las diferencia de las normas morales o religiosas. Tienen diversos fines: proteger a personas importantes; preservar objetos valiosos; proteger a los débiles; evitar el contacto con cadáveres; prevenir las perturbaciones por nacimiento, iniciación o matrimonio; proteger al hombre de la cólera de los dioses; proteger a los niños por nacer o recién nacidos; proteger las propiedades; etc.

Freud termina haciendo una analogía entre el tabú y la neurosis obsesiva, poniendo en evidencia los siguientes puntos en común: el tabú y las prohibiciones obsesivas carecen de una motivación, surgieron un determinado día y el sujeto se ve obligado a cumplirlos coaccionado por la angustia; la prohibición central en ambos casos recae sobre el contacto, tanto físico como psíquico, con lo prohibido; ambos poseen la facultad de desplazamiento y contagio; ambos implican actos ceremoniales y prescripciones de expiación; los dos conllevan ambivalencia afectiva, intensa hostilidad y amor; la trasgresión del tabú, así como la violación de un ceremonial obsesivo, trae una sensación de culpa.

“ANIMISMO, MAGIA Y OMNIPOTENCIA DE LAS IDEAS”

Freud analiza el sistema animista, el cual, sin ser una religión, contiene las condiciones de todas las religiones que surgieron posteriormente. Podemos hablar de animismo en dos sentidos: *“En el sentido estricto de la palabra, el animismo es la teoría de las representaciones del alma; en el sentido amplio, la teoría de los seres espirituales en general.”* (Freud 1995c)

La humanidad habría conocido tres distintas concepciones del universo: la animista o mitológica, la religiosa y la científica. La primera subsiste en la actualidad en forma de supersticiones, creencias e ideas. Los mitos reposan sobre el animismo.

La necesidad de dominar la naturaleza motivó el surgimiento del animismo. Éste incluye un conjunto de indicaciones para dominar las almas de los hombres, animales y cosas. El sistema de estrategias de dominio se conoce como "hechicería" o "magia". *“La hechicería se nos muestra entonces esencialmente como el arte de influir sobre los espíritus, tratándolos como se trataría a una persona humana en condiciones idénticas; esto es, apaciguándolos y atrayéndolos o intimidándolos, despojándolos de su poder y sometiénolos a nuestra voluntad.”* (Freud 1995c) La magia, la parte más primitiva e importante del sistema animista, responde a fines diversos. Según E. B. Tylor (1913), el principio que la rige es: «Tomar por error una relación ideal por una relación real.»

Hay dos grupos de artes mágicas, la "magia imitativa" y la "magia contagiosa". La magia imitativa se basa en la analogía entre el acto mágico y el fenómeno que se desea realizar. Lo que confiere eficacia a la magia contagiosa no es la analogía, sino la relación en el espacio, la contigüidad, y su representación o recuerdo. Analogía y contigüidad son los principios esenciales de la asociación.

Hace falta un factor dinámico que justifique las razones que llevaron a desplazar las leyes naturales por leyes psicológicas. Efectivamente, lo que impulsa al ejercicio de la magia son los deseos humanos. El principio que gobierna el pensamiento animista es: «La omnipotencia de las ideas.» Esta omnipotencia se muestra en la neurosis, pues es la psiquis la que rige los síntomas. Como el salvaje, el hombre cree poder transformar el mundo exterior con sus ideas. Los actos obsesivos son de naturaleza mágica, con el fin de alejar la desgracia y los sufrimientos.

En la magia la intención es imponer a los objetos las leyes de la vida psíquica. Pero hay una fase pre-animista (el animatismo) que es independiente de los espíritus y da origen a los principios sobre los que la magia reposa. Mientras la magia utiliza en su totalidad la omnipotencia de las ideas, el animatismo la atribuye en parte a los dioses.

En cada fase de su desarrollo, el hombre ha considerado omnipotentes a diversos seres. En la etapa a sí mismo. En la religiosa, a los dioses, aunque no del todo, porque puede influir sobre ellos. En la científica, reconoce su pequeñez y se resigna a la muerte. Podemos establecer un paralelo entre el desarrollo de la concepción humana del mundo y el de la libido individual. La fase animista corresponde al narcisismo, la religiosa a la objetivación por la fijación de la libido en los padres, y la científica a la subordinación del principio de placer al de realidad, buscando su objeto en el mundo exterior.

“EL RETORNO INFANTIL AL TOTEMISMO”

Freud analiza el fenómeno de la zoofobia en los niños, constatando que la actitud del niño frente a los animales presenta analogías con la del hombre primitivo. Dos coincidencias son resaltadas: la completa identificación con el animal (en los hombres primitivos, con el animal totémico; en el niño, con el animal que le causa fobia) y la actitud ambivalente con respecto a él. El animal, según la afirmación de Freud, es una sustitución del padre. *“Si el animal totémico es el padre, resultará, en efecto, que los dos mandamientos capitales del totemismo, esto es, las dos prescripciones tabú que constituyen su nódulo, o sea la prohibición de matar al tótem y la de realizar el coito con una mujer perteneciente al mismo tótem, coincidirán en contenido con los dos crímenes de Edipo, que mató a su padre y casó con su madre, y con los dos deseos primitivos del niño, cuyo resurgimiento o insuficiente represión conforma quizá el nódulo de todas las neurosis.”* (Freud 1995c) Esta semejanza evidencia que el sistema totémico es un resultado del complejo de Edipo, como también lo es la zoofobia. Pero para afirmar esto se hace necesario analizar la religión totémica.

En lo que sigue del ensayo, Freud expone la primera forma de vida en sociedad: “La Horda Primitiva y la relación entre el sistema totémico y la religión”; temas que merecen ser desarrollados en un subtítulo aparte.

LA HORDA PRIMITIVA Y SU EVOLUCIÓN

La humanidad habría comenzado como una horda liderada por un macho dominador, violento y poderoso, que monopolizaba a todas las hembras. *“Los hermanos expulsados se reunieron un día, mataron al padre y devoraron su cadáver, poniendo fin así a la existencia de la horda paterna.”* (Freud 1995c) El hecho de devorar al padre era una consecuencia, por un lado, de querer identificarse con él, pues era temido pero a la vez admirado; por otro lado, se trataba de una práctica caníbal. *“La comida totémica, quizá la primera fiesta de la humanidad, sería la reproducción conmemorativa de este acto criminal y memorable que constituyó el punto de partida de las organizaciones sociales, de las restricciones morales y de la religión.”* (Freud 1995c)

La horda fraterna rebelde abrigaba con respecto al padre los mismos sentimientos contradictorios que forman el contenido ambivalente del complejo paterno en nuestros niños y en nuestros enfermos neuróticos. Odiaban al padre, pero al mismo tiempo lo amaban y admiraban. Luego de matarlo, con los impulsos hostiles satisfechos, los impulsos de amor e identificación hicieron surgir en ellos el remordimiento y la conciencia de culpa. Así, el padre muerto adquirió un poder mayor que el que tenía en vida, lo cual llevó a los hijos a materializarlo en un animal totémico, cuya vida era sagrada para la tribu, excepto en el día del banquete en el que se revivía el crimen del pasado. En virtud de la obediencia retrospectiva, los hijos se prohibían ahora lo que antes les prohibía el padre. *“De este modo es como la conciencia de culpa del hijo engendró los dos tabúes fundamentales del totemismo, los cuales tenían que coincidir con los deseos reprimidos del complejo de Edipo. Aquel que infringía estos tabúes se hacía culpable de los dos únicos crímenes que preocupaban a la sociedad primitiva.”* (Freud 1995c)

La necesidad sexual causa división entre los hombres. Los hermanos, asociados para suprimir al padre, tenían que convertirse en rivales al disputar la posesión de las mujeres. Comprendieron entonces que, si querían vivir juntos, tenían que instituir una serie de prohibiciones. Para garantizar la nueva forma de organización social renunciaban a la posesión de mujeres (móvil principal del parricidio) y resguardaban sus vidas de nuevos asesinatos.

Al tabú destinado a proteger la vida del animal totémico se vincula la aspiración de algunos de considerar al totemismo como una primera tentativa de religión. El

animal tótem se presentaba a los hijos como la sustitución del padre, y la actitud frente a él expresaba más que un simple arrepentimiento, su misión era apaciguar el sentimiento de culpa y lograr la reconciliación. *“El sistema totémico era un contrato con el padre por el que éste prometía todo lo que la imaginación infantil puede esperar de él -su protección y cariño-, a cambio del compromiso de respetar su vida, esto es, de no renovar con él el acto que costó la vida al padre verdadero. En el totemismo había también, sin duda, un intento de justificación: ‘Si el padre nos hubiera tratado como nos trata el tótem, no habríamos sentido jamás la tentación de matarlo.’ De este modo contribuyó el totemismo a mejorar la situación y a hacer olvidar el suceso al que debía su origen.”* (Freud 1995c)

Los hermanos tienden a asegurarse recíprocamente la vida, se obligan a no tratarse jamás como trataron al padre. A la prohibición de no matar al tótem, de naturaleza religiosa, se agrega otra de carácter social, la prohibición del fratricidio. Pasado un largo tiempo, ésta trasciende los límites del clan, transformándose en el mandamiento: «No matarás.» La horda paterna es sustituida por el clan fraterno, garantizado por lazos sanguíneos. *“La sociedad reposa entonces sobre la responsabilidad común del crimen colectivo; la religión sobre la conciencia de culpa y el remordimiento; y la moral sobre las necesidades de la nueva sociedad y la expiación exigida por la conciencia de culpa.”* (Freud 1995c)

RELACIÓN ENTRE EL TOTEMISMO Y LAS RELIGIONES

Freud afirmaba que la religión totémica nació de la conciencia de culpa de los hijos asesinos como un modo de apaciguar ese sentimiento y reconciliarse con el padre a través de una obediencia retrospectiva. Todas las religiones posteriores son, para Freud, intentos de resolver el mismo problema, variando su forma según las peculiaridades de cada civilización.

La ambivalencia del complejo paterno perdura en el totemismo como en las religiones posteriores. La religión totémica abarca las manifestaciones de arrepentimiento y reconciliación, pero también sirve para mantener vivo el triunfo conseguido sobre el padre. La satisfacción que produce tal triunfo provoca la institución de la comida totémica, fiesta conmemorativa en la cual se levantan todas las prohibiciones y se reproduce el parricidio sacrificando al animal totémico. *“Pero la investigación psicoanalítica del individuo ha puesto en evidencia que él mismo concibe a Dios a imagen y semejanza de su padre carnal, que su actitud personal con respecto a Dios depende de la que abriga con relación*

a dicha persona terrenal y que, en el fondo, Dios no es sino la sublimación del padre.” (Freud 1995c)

Si esto es así, tiene que ser muy importante la participación de la idea de padre en la idea de Dios, y el padre figuraría en el sacrificio, primero como dios y luego como víctima del sacrificio. Sabemos que tal cosa ocurre, decía Freud. Existen múltiples relaciones entre el dios y el animal sagrado: a cada dios es consagrado un animal; en los sacrificios, este animal es ofrecido al dios; el dios es adorado en muchas ocasiones bajo la figura de un animal; en los mitos se transforma a dios en un animal. *“Parecería, pues, natural admitir que el dios no es sino el animal totémico mismo, del cual habría nacido en una fase ulterior del sentimiento religioso. [...] Así, pues, el tótem sería la primera forma de tal sustitución del padre, y el dios, otra posterior más desarrollada en la que el padre habría recobrado la figura humana” (Freud 1995c)*

El cristianismo es otro camino para apaciguar el sentimiento de culpa. Cristo redime a los hombres del pecado original (que es, indudablemente, un pecado contra Dios Padre) sacrificando su propia vida. Según la ley del Talión, que estaba vigente entonces, un asesinato tiene que ser vengado con otro asesinato. Y el crimen que se trata de expiar no puede ser sino el del asesinato del padre.

“Así, pues, en la doctrina cristiana, la humanidad confiesa de modo más claro que en ninguna otra su culpa, emanada del crimen original, puesto que sólo en el sacrificio de un hijo ha hallado expiación suficiente. La reconciliación con el padre adquiere mayor solidez por cuanto simultáneamente se proclama la total renuncia a la mujer, causa de la rebelión primitiva. Pero aquí se manifiesta una vez más la fatalidad psicológica de la ambivalencia. Con el mismo acto con el que ofrece al padre la máxima expiación posible alcanza también el hijo el fin de sus deseos contrarios al padre, pues se convierte a su vez en dios al lado del padre, o más bien en sustitución del padre. La religión del hijo sustituye a la religión del padre, y como signo de esta sustitución se resucita la antigua comida totémica, esto es, la comunión, en la que la sociedad de los hermanos consume la carne y la sangre del hijo -no ya las del padre-, santificándose de este modo e identificándose con él.” (Freud 1995c)

Un acontecimiento como la supresión del padre tenía que dejar huellas imborrables en la humanidad y manifestarse en formaciones sustitutivas, más numerosas cuanto menos grato era su recuerdo. Tales sustituciones se hacen evidentes en la mitología griega, en la neurosis y en las religiones.

El parricidio constituía el centro de la religión. La figura del padre resurge en los dioses y evoluciona en el monoteísmo, en la representación de un único dios, hasta llegar a la muerte de Cristo y la eucaristía. En este punto *Tótem y tabú* se articula con *Moisés y la Religión Monoteísta*. En este último escrito el autor da una opinión sobre el origen de las religiones monoteístas y, para fundamentarla, necesita reconstruir el acontecimiento de la muerte del padre. Es así que comienza a elaborar la hipótesis de un Moisés egipcio que, inspirado en el faraón Ajenaton, predicaba la existencia de un dios ético, universal y tolerante. Este Moisés habría sido un príncipe pacífico que se impuso a las tribus semitas y fue luego asesinado por su pueblo, acontecimiento que sería para el monoteísmo aquello que la muerte del padre primitivo fue para el totemismo. Posteriormente, y disimulando su origen, este culto se vinculó con el del dios de los volcanes, tratando de olvidar la muerte del héroe. Los profetas son ahora los responsables del retorno al dios mosaico, o lo que es lo mismo, del retorno de lo reprimido.

Como comenta Ricoeur, *“Freud no está dispuesto a minimizar la realidad histórica de esta cadena de acontecimientos traumáticos.”* (Ricoeur 1984) De allí también el hecho de que planteara la hipótesis de la herencia filogenética. Ésta se manifiesta tanto en el individuo como en la masa, bajo la forma de huellas mnemónicas inconscientes. No es algo contingente, la herencia arcaica es necesaria para salvar la distancia entre la psicología individual y la psicología colectiva, asegurando la unidad del sistema. No puede haber un retorno de lo reprimido si no hubo con anterioridad un acontecimiento traumático.

Las hipótesis sobre los orígenes no es una interpretación accesoria dentro del modelo económico, *“la teoría económica integra los resultados de las investigaciones concernientes a los orígenes; a su vez, estas investigaciones permiten subrayar un rasgo que no ha recibido aún suficiente luz, a saber, el rol que juega el retorno de la represión en la génesis de la ilusión; es este rasgo lo que hace de la religión la neurosis obsesional universal”* (Ricoeur 1984). Este aspecto no podía aparecer antes que desde el modelo genético se hiciera la analogía entre la religión y la situación infantil. El niño, según Freud, llega a la madurez por una fase similar a la neurosis obsesiva. De la misma manera, la humanidad, que se encuentra en la fase de la niñez, tiene que pasar por una neurosis debida al renunciamiento pulsional. La analogía entre religión y neurosis Freud ya la había manifestado de alguna manera en *Tótem y tabú*, comparando las prohibiciones tabú con la neurosis obsesiva y constatando su similitud.

En *Moisés y la Religión Monoteísta* Freud sigue acentuando este aspecto neurótico de la religión al abordar el fenómeno de la "latencia" en la historia del pueblo judío. Hay un punto de coincidencia entre la neurosis y el monoteísmo: la latencia. Una vez delineado el esquema del desarrollo de la neurosis, cierra el resto del ensayo. *“Trauma precoz -defensa-latencia-desencadenamiento de la neurosis-retorno parcial de lo reprimido: he aquí la fórmula que establecimos para el desarrollo de una neurosis. Ahora invitamos al lector a que dé un paso más, aceptando que en la vida de la especie humana acaeció algo similar a los sucesos de la existencia individual, es decir que también en aquélla ocurrieron conflictos de contenido sexual agresivo que dejaron efectos permanentes, pero que en su mayor parte fueron rechazados, olvidados, llegando a actuar sólo más tarde, después de una prolongada latencia, y produciendo entonces fenómenos análogos a los síntomas por su estructura y tendencia.”* (Freud 1995d)

El monoteísmo judío continúa al totemismo en cuanto al retorno de lo reprimido. El pueblo ha renovado en Moisés, quien hace las veces de sustituto del padre primitivo, el crimen del parricidio. La muerte de Cristo constituye otro fortalecimiento del recuerdo del asesinato, de la misma manera que en Pascua resucita Moisés. La religión de San Pablo remite el retorno de lo reprimido a su fuente prehistórica, llamándola "pecado original". El crimen cometido contra Dios necesita ser expiado y sólo puede redimirlo una muerte (la de su hijo) quien toma así el lugar del padre.

5. CONCLUSIONES

- Según el *modelo económico*, el cual sirve de marco a la interpretación freudiana de la civilización, la cultura reposa sobre renunciaciones instintuales que de alguna manera hay que compensar. De este balance de la economía libidinal depende la felicidad del hombre, condicionada por una constitución psíquica que lo hace propenso a experimentar la desgracia. Hay entonces una manifiesta oposición entre civilización e individuo, pues aquélla se sirve de la energía psíquica sexual de éste, absorbiéndola para provocar la cohesión de la masa y fortalecer sus vínculos.
- Como ha señalado Ricoeur, la obra de Freud se puede dividir en tres partes que, si bien tienen una arquitectura propia, pueden considerarse como tres aproximaciones a una cuestión central. La primera red teórica se forma con el análisis e interpretación de los sueños y de los síntomas neuróticos, alcanzando

su punto máximo con la definición de los niveles *consciente*, *preconsciente* e *inconsciente*. La segunda red teórica abarca la interpretación psicoanalítica de la cultura, es decir, de sus obras de arte, ideales e ídolos. Ésta se origina en la anterior —que contenía ya la dialéctica de los instintos— y enriquece la metapsicología con las definiciones de *yo*, *súper-yo* y *ello*. La tercera red teórica se conforma a partir de la introducción de la *pulsión de muerte* en la estructura anterior, con lo que se produce una redistribución de las fuerzas en función de la *polaridad Eros-Thánatos*. Y a partir de ésta es que el autor hace una interpretación general de la cultura en *El malestar en la cultura*. Porque es en este malestar, en el sentimiento de culpa, en la guerra, donde se expresa de modo manifiesto la pulsión de muerte. El hilo conductor es siempre la relación entre las pulsiones y la civilización, el cual funciona como ordenador del sistema freudiano, haciéndolo cerrado y dándole equilibrio.

- Hasta aquí todo gira en torno a la energía del *eros*. Pero la economía y el balance de las pulsiones se complica al introducir la pulsión de muerte. Para superar este obstáculo, la cultura recurre al refuerzo del sentimiento de culpa, el cual tiene por origen el miedo a la autoridad, que luego se introyecta en la formación del *súper-yo*. Esta internalización tiene un gran valor cultural por su función censora de la agresividad humana. La evolución del hombre dependerá de la medida en que pueda hacer frente su instinto agresivo.
- El hombre tiene que negociar su energía libidinal con la cultura para poder ser feliz. Lo trágico de la vida impulsa al ser humano a crear ilusiones. Las representaciones religiosas, que permiten soportar el sufrimiento, descansan sobre el renunciamiento pulsional. La fuerza y la esencia de la ilusión está en su origen: los deseos más profundos del hombre. (El racionalismo y la incredulidad son el presupuesto de la interpretación de la religión.)
- Al hablar de dios, Freud no habla del Dios vivo, sino del dios de los filósofos, del dios de los hombres. En tanto psicoanalista, es agnóstico y no puede decir si Dios es algo más que un fantasma, pero sí puede ayudar a superar las formas religiosas inmaduras, infantiles y neuróticas.
- La ilusión, según Freud, es una representación a la cual no corresponde ninguna realidad. Esta definición es positivista: el criterio de verdad es la realidad. Freud se acerca y se aleja de este positivismo. Se aleja a través de la interpretación, que implica ir desde un sentido manifiesto hacia un sentido latente, rompiendo así la identidad entre lo real y lo verdadero y reconociendo el

señorío del sentido; y se acerca con los supuestos filosóficos de su modelo económico.

- La teoría de la interpretación se construye en contra del fisicalismo y el biologismo reinantes en la psicología. La interpretación se agota en relaciones de sentido y no implica relaciones de fuerza. Aquí se manifiesta la ambigüedad del modelo económico, porque los descubrimientos realizados se inscriben dentro del marco positivista que se pretendía destruir al traducir las relaciones de sentido en relaciones de fuerza (represión, retorno de lo reprimido). Lo mismo sucede con el modelo genético: aquello que carece de verdad positiva es explicado genéticamente.
- El supuesto de la herencia arcaica o filogenética juega un rol importante dentro de la interpretación de la cultura y en la obra de Freud en general. Este supuesto le permite al autor confirmar sus teorías sobre el complejo de Edipo, el complejo de castración, la rivalidad fraterna, la ambivalencia afectiva y la existencia de contenidos reprimidos. A partir de esta hipótesis queda salvada la distancia entre la psicología individual y la psicología colectiva. Esto posibilita jugar con las analogías entre la evolución del individuo y la de la cultura, valiéndose de una para el estudio de la otra.
- Al comienzo del trabajo se decía que es interpretando al mundo que el psicoanálisis lo cambia. ¿Qué es aquello que el psicoanálisis pone en tela de juicio? ¿Qué es aquello que cambia a partir de su interpretación? Freud rompe con la ilusión de la conciencia de sí, con la ilusión de un hombre que todo lo puede. Como él mismo expresa, el psicoanálisis es la última herida al narcisismo del hombre, las otras dos provienen de los descubrimientos de Copérnico (humillación cosmológica) y de Darwin (humillación biológica). La interpretación freudiana quiebra la noción de sujeto de la Modernidad. Descartes salvaba la duda sobre la cosa por la certeza de la conciencia del hombre; Freud salva la duda de la conciencia por la interpretación de la conciencia. Sin embargo, es interpretando el contenido de la conciencia del hombre que el psicoanálisis cambia al hombre, y con ello, lejos de humillarlo, amplía su conciencia en la búsqueda de la verdad.

REFERENCIAS

- Freud, S. 1995a *El Malestar en la Cultura*, caps. I-VIII. Rosario: Nueva Hólade.
Freud, S. 1995b *El porvenir de una ilusión.*, caps. I-III y V-X. Rosario: Nueva Hólade.
Freud, S. 1995c *Tótem y tabú.*, caps. I-IV. Rosario: Nueva Hólade.

- Freud, S. 1995d *Moisés y la Religión Monoteísta*, cap. III. Rosario Nueva Hólade.
- Ricoeur, P. 1984 *Hermenéutica y Psicoanálisis*, págs. 29-30, 32-35, 38-41 y 43-44. Buenos Aires: Aurora.
- Tylor, E. B. 1913 *Primitive culture researches into the development of mythology, philosophy, religion, language, art, and custom*. Londres: John Murray.

LECTURAS RECOMENDADAS

- Freud, S. 1995 *Psicología de las masas y análisis del yo*. Rosario: Nueva Hólade.
- Freud, S. 1995 *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*. Rosario: Nueva Hólade.
- Freud, S. 1995 *El yo y el ello*. Rosario: Nueva Hólade.
- Freud, S. 1995 *El poeta y los sueños diurnos*. Rosario: Nueva Hólade.
- Mandolini Guardo, R. G. 1969 *Historia general del Psicoanálisis de Freud a Fromm* (tercera edición). Buenos Aires: Ciordia.
- Pochetino, E.; J. C. Carena y P. Sudar 1986 *Psicología, cultura y religión: Un análisis crítico de la obra "Tótem y tabú" de S. Freud*. *Paideia Cristiana*, **3**. Rosario: Profesorado "San Juan Bosco".
- Pochetino, E.; J. C. Carena y P. Sudar 1989-1992 *Psicología, cultura y religión: Análisis crítico de "El malestar en la cultura" de S. Freud*. *Paideia Cristiana*, **9-13 y 15**. Rosario: Profesorado "San Juan Bosco".